

MOVILIZACIONES Y MOVILIDAD DE
LOS *BAKOROMANS* EN UAGADUGÚ (BURKINA FASO):
LA ITINERANCIA CALLEJERA COMO RECURSO

Pedro José García Sánchez

Université de Paris Ouest Nanterre - La Défense

Resumen

Analizar las trayectorias urbanas recurrentes y problemáticas de los *bakoroman* en Uagadugu es el objeto de este artículo. La etnografía de la itinerancia cíclica entre los hogares familiares, la calle y los albergues institucionales permite identificar prácticas y procesos cognitivos significativos para la antropología de la infancia, el trabajo social y la antropología urbana. Las perturbaciones que surgen con la movilidad oscilatoria son un trampolín pragmático que nutre el proceso de reajuste de competencias a través del que se exploran modos de interacción y se redefinen territorialidades. Dada su fluctuación entre tipo ideal y objetivo de política pública, la “salida de la calle” parece quedar sujeta a proyecciones racionales y morales cuyas dificultades se agudizan en contextos en los que lo justo toma consistencia solo cuando la urgencia lo pone a prueba. Propensión a la búsqueda, irrup-

Abstract

This article focuses on the mobilizing process specific to the recurrent and problematic trajectories of the *bakoroman* in their urban experience. By following their cyclical round trips between family homes, the street and the residential shelter during an ethnographic research in Ouagadougou, the ordinary situations of unrest faced by them, as well as the institutional contours of social work focused on the remedies to be found to the degradation of street children. The investigation demonstrates the potentials linked to the capability and practical adjustments that lead to the oscillatory and transitional mobility specific to the street experience. These potentialities help us to question the ideal-types which subject realities to moral and / or rational projections (the “exit from the street”), thus apparently neglecting the difficulties linked to contexts where the just is only possi-

ciones inesperadas y certidumbres inciertas emergen como recursos situacionales utilizados por los *bakoroman* para seguir proyectándose.

Palabras claves: niños de la calle, capacidades, disturbio, Burkina Faso, urgencia.

ble in the test of urgency. The capability richness of the intermittent and versatile relation to the street spreads out as soon as unrest functions as a stepping stone to action, and the unsuspected biases of an “ordinary decency” appear.

Key words: Street’s children, capability, troubles, Burkina Faso, emergency.

Introducción

Abdu, niño que el SamuSocial de Burkina Faso (SSBF), encontró en las calles alrededor del terminal de pasajeros Kourssi-Yaar en sus recorridos de auxilio nocturno en Uagadugú, acepta por fin la propuesta de acudir al refugio de cuidado diario “Renacimiento”.¹ Allí tendrá temporalmente a disposición un techo para dormir, y contará con un espacio de vida y de convivencia siempre y cuando participe en las rutinas establecidas por esta ONG humanitaria franco-burkinesa: confirmar su identidad, someterse a la experticia médico-sanitaria y a una requisita en busca de armas y « wandélé » (tubos de cola), participar en el conversatorio de grupo con los trabajadores sociales y los otros « *bakoroman* »,² lavar su ropa en el lavadero del Centro al terminar el conversatorio. Este último trata de sensibilizar a los niños sobre sus problemas a partir de su propia experiencia. Si cuando están en grupo los *bakoroman* se manifiestan, en general, de manera unívoca o, cuando menos, consensual, en los conversatorios a veces salen a relucir opiniones y sentimientos matizados. Expresarlos en la calle podría ser

1. Aparte de los dormitorios colectivos, en este alojamiento de urgencia del SSBF que también cuenta con el apoyo del Samu Social Internacional (SSI), se encuentran los otros espacios que albergan las actividades domésticas (cocina, lavadero, baños, almacenamiento...), espacios de juego y de encuentro (al aire libre y bajo techo), y la administración de ambas ONG.

2. Los principales concernidos prefieren este término a « *Sorzougkoomba* » (traducción literal de « niño de la calle »): para los *bakoramans* no tiene sentido decir que la calle tenga niños. Se trata de una hibridación entre el sustantivo inglés « man » y un significante próximo en las dos principales lenguas locales, el *mooré* y el *jula*. « *Bacorogo* » (que se abrevia comúnmente como « *bakoro* ») significa en *mooré* «el afuera, los matorrales». « *Bakoro weogo* » que, sintetizado, es « *Bacorogo* », significa «*estar expuesto a palazos y vejaciones*». En *jula* quiere decir «*partir a la aventura, fuera de la casa, lejos de la familia*». Connota la distinción y la valentía que los que dejan el mundo doméstico : no cualquiera puede ir al *bakoro*, y quien vive allí debe poder soportarlo todo y asumir una cierta independencia de la autoridad parental.

tomado como una señal de debilidad que puede exponerlos aún más a la amenaza o al sometimiento violento. El tema del día es la violencia sufrida por los niños de parte de los policías, los vecinos, los comerciantes, etc. Al tomar la palabra, parecen hablar con una sola voz acerca de la violencia policial (la de los habitantes, continua en importancia). Es entonces que Abdu, delgado y sonriente con sus 13 años, interviene sin titubear en *jula* haciendo oír otra voz:

Es importante saber que entre nosotros mismos existe la violencia de los más grandes y fuertes contra los más pequeños y débiles. Los mayores (koros) aprovechan la noche para quitarnos las limosnas que recogemos. Además tenemos que llevarles de comer, lavar su ropa y hacer otras cosas... Si rechazas o te resistes, te golpean y pueden incluso acuchillarte. Traten de ver esto señores, porque nosotros los pequeños sufrimos mucho con los koros.

Algunos de los otros pequeños presentes asienten con la cabeza e incluso aplauden, mientras los grandes murmuran intimidantes acerca del “*sapo Abdu*”... Aunque ciertamente no se trata de una información nueva, sin embargo, no es usual, dice el personal asistencial, escuchar a un niño denunciar abiertamente las violencias cometidas en el seno del grupo. El conocimiento que Abdu puede tener de la “jungla urbana” no lo exime de proyectarse en una convivencia más estructuradora, tal y como un hogar (así sea “de cuidado diario”) pareciera hacer posible. El sabe que estar allí es una oportunidad, aunque no sepa bien como utilizarla. ¿Cómo hacer para que la oportunidad no se viva solo como una puesta a prueba, sino que pueda apreciarse también como recurso cognitivo, proyectivo, relacional?

Abdu se aventura. Su impulso de expresividad pública, desplegado en un espacio privado que parece acogerlo mejor que la calle, lo llevara a descubrir una “liminalidad” formadora (Van Gennep 1981; Turner 2008): frente al dilema de la indeterminación relativa propia a las transiciones, con sus propios medios y a su escala reducida, Abdu responde movilizándose con una locución inesperada que lo afirma. El conversatorio lo incita a tomar la palabra liberándola (y liberándose) de reservas pesadas y opresoras. Esto no impide, sin embargo, que el paso de la calle al refugio asociativo imponga al “novato” Abdu un estatus ambivalente que el ritual comunicativo escenifica en modo aumentado. Los efectos perturbadores ligados a un estatus cambiante serán reconocidos con dificultad, incluso a mediano término.³ Esto no disminuye en modo alguno la significación situacional /contextual del valiente gesto de Abdu, como tampoco su conquista fiduciaria. Este artículo se interesa por el proceso movilizador (como “acción” pero tam-

3. Según el trabajador social que siguió su caso, Abdu cometerá abusos parecidos al volverse *koro*.

bién como “desplazamiento”) que las trayectorias problemáticas de los *bakoroman*, desde sus itinerantes experiencias urbanas, pueden generar. Sin prejuzgar sus teleologías (sean estas humanísticas, administrativas, sociales o científicas), un seguimiento pragmatista de dichas trayectorias permite aproximarse a la ecología heterónoma de los mundos que los *bakoroman* atraviesan y/o habitan. ¿Cómo aprehender su movilización/movilidad como fuente de capacidades y de urbanidad, mas allá de las proyecciones valorativas o de las conminaciones institucionales tipificadas por el horizonte de « salida de la calle » (Lucchini 2001)? Se trata así también de aprender lo que la dinámica de idas y vueltas entre los hogares familiares, los albergues humanitarios y la calle engendran y significan más acá de los marcos convencionales en la materia.

Durante año y medio una etnografía nos aproximó a Abdu, Kerda y a otros *bakoroman* de Uagadugú.⁴ Su visibilidad en las esquinas de los barrios o delante de los “video-clubs” improvisados bajo la sombra de los arboles a la hora de la escuela, en los alrededores de los mercados y de los terminales de transporte, mendigando, haciéndole trabajitos a comerciantes o simplemente acostados en pleno día bajo efectos de sustancias tóxicas, muestra como su vida en la calle los expone al descarrío. De pequeños hurtos al tráfico, pasando por la violencia sexual, ellos son a la vez víctimas y/o agentes designados de actividades públicamente condenables cuyo tratamiento político convencional los reduce a ser variables de ajuste del orden social y el orden público. Sin embargo, circular a través de los mundos de los *bakoroman* permite cuestionar los presupuestos autoritarios de unos órdenes que, *in fine*, no pueden ser concebidos ni reparados sin reconocer e integrar los “conflictos de urbanidad” que ellos mismos engendran (García Sánchez 2011).

Construida alrededor del tríptico *perturbación-disturbio, competencia y territorio*, nuestra investigación pone en evidencia los eventos que afectan a esos niños, las capacidades que movilizan para hacerle frente y los acomodos singulares que producen respecto al espacio urbano. Al seguir su itinerancia cíclica entre los hogares familiares, la calle y los albergues, emergen no solo sus fragilidades cotidianas sino también los contornos institucionales de la acción y del trabajo social de “urgencia” focalizado en remediar su degradación vivencial, en particular cuando se evidencia públicamente. Las potenciali-

4. Tratamos de responder al desafío contemporáneo consistente en producir análisis longitudinales en las investigaciones sobre los niños de la calle (Panther-Brick, 2002). El equipo de investigación (constituido por un investigador local, el coordinador de estudios del SSI y el director de la investigación) focalizó el trabajo en los puntos ciegos del trabajo de asistencia de los *bakoromans* hecho por las organizaciones humanitarias tratando de situarse, en la medida de lo posible “al ras del suelo” (Revel, 1996). Así prestamos atención a los espacios que atraviesan y/o reconfiguran, a la variedad de sus interlocutores, a sus destrezas desplegadas en situación y a la diversidad de roles que juegan en los diversos mundos en los que se implican (García Sánchez, Lemener & Yaro, 2009).

dades inherentes a la movilidad oscilatoria y transicional característica de la experiencia de calle, suelen escapar a las convenciones administrativas y analíticas que disuelven en el tema de la informalidad urbana, las singularidades de una pragmática no menos citadina que humana. Dicha pragmática incita el cuestionamiento de políticas basadas en tipos ideales que someten las realidades radicalmente problemáticas a proyecciones racionales cuya temporalidad y factibilidad son continuamente puestas a prueba cuando la urgencia reina (García Sánchez 2017). Aunque el entramado de lo justo, en términos humanísticos, suele dejar que desear cuando la urgencia, normalizándose, relativiza su origen circunstancial, las coordenadas prácticas de su tratamiento y de las expectativas sociales que este genera, no dejan de recrearse.

Vulnerabilidad y movilización: las vías de una “micro-política del disturbio”

En Uagadugú vive menos del 10% de la población nacional (1,1/13 millones de habitantes), sin embargo concentra $\frac{1}{4}$ de los niños de la calle (MASSN 2005). Esta sobre-representación habla del rol de la capital burkinesa como foco de atracción y de captación de grupos pobres económicamente. A pesar de que la visibilidad creciente los *bakoroman* en la experiencia urbana ordinaria los inscriba en la agenda política burkinesa como problema social y desafío democrático, las parcialidades y lagunas en el conocimiento de sus prácticas persisten. En la calle, las demarcaciones territoriales cuentan, pues facilitan el identificarse y el protegerse. Sin embargo, las incertidumbres propias del *bakoro* urbano, espacio cuyo uso se caracteriza precisamente por la gestión ordinaria de lo desconocido (Sennett 2002), además de ser importantes en sí, representan oportunidades para objetivar la condición callejera. No resulta extraordinario entonces que la acumulación y la fricción de las diversas formas de vulnerabilidad que acaecen en el *bakoro*, inciten a acostumbrarse a ello (García Sánchez 2017). Esta vulnerabilidad no solo caracteriza a los individuos (incluyendo a los más frágiles), sino que hay que identificarla en sus pliegos, despliegos y repliegues socio-espaciales, identitarios, relacionales, institucionales... (García Sánchez 2008).

En el cruce entre las lógicas represivas y asistenciales aparece un verdadero desafío de conocimiento y de intervención social. Siendo identificados, intermitentemente, como delincuentes o como víctimas, los *bakoroman* son encerrados en categorías que no parecen rendir cuenta de la variedad de contextos en los que ellos se mueven, de las diversas fuentes que pueden movilizar y de los obstáculos que los afectan y, a partir de los cuales, despliegan su itinerancia incesante (al menos hasta los desenlaces a los

que la vida adulta y las tragedias los conduce). Desde la categorización de la UNICEF y de la Oficina Católica Internacional por la Infancia (BICE) (Marguerat 1994), se estila hacer la distinción entre niños *de* la calle, niños *en* la calle y niños *a* la calle. El periodo de ocupación de la calle aparece como la variable discriminante. Sin embargo, los indicadores son fluctuantes y, sobretodo, las fronteras entre dichas categorías de población no permiten separarlos *a priori* claramente. Aun cuando mantengan modos y perspectivas de vida similares, desde un punto de vista estadístico, un mismo niño podría pasar de una categoría a otra cuando se modifican ciertos indicadores estatutarios. La distinción es poco operacional cuando se trata de rendir cuenta de sus similitudes, relaciones, actividades, o de la etiología de la ruptura que es común entre los niños *de* y *en* la calle. Estos últimos, *a priori*, no padecen el aislamiento familiar de un niño *de* la calle. Sin embargo, sus problemas familiares no son menos determinantes para explicar el modo de vida que las rupturas que pueden haberlos afectado más uniformemente (Lucchini 1996).

Estas distinciones inciden, sin embargo, en el curso de la acción. El caso del Señor Pierre y la gestión problemática de su actividad caritativa para alimentar a los niños de la calle es un ejemplo ilustrativo. Este keniano, representante de una transnacional marítima en Burkina-Faso, se estaciona un día para beber una cerveza en el chiringuito de la Señora Ouedraogo en la avenida France-Afrique que conduce a « Uaga 2000 », el barrio rico de la capital, cuando una escena de calle llama su atención y lo perturba:

La vendedora de atieké toma la bandeja de agua en la que enjuaga sus platos y la vacía violentamente sobre los niños que estaban a su lado. Me levanté entonces y le pregunté ¿Por qué?: «estos niños me molestan demasiado». Los policías habían rechazado venir a espantarlos argumentando que esos niños tenían hambre y que era natural que buscasen de comer.

El Señor Pierre le pregunta entonces cuanto cuesta una porción de atieké (300 francos) y pide entonces 7, una para cada niño mojado. Es el principio de una distribución caritativa de atieké entre los *bakoroman* que, de manera más o menos regular, durará más de dos años sin lograr ser instituida, y aún menos institucionalizada (lo cual revela sus límites «durables» como movilización ciudadana). La escena logro mover algo en este hombre proveniente de una familia pobre que vivió la escasez de alimentos: “Momentáneamente, están en dificultades. No puede decirse que sean malos o bandidos por naturaleza, es la situación que los ha puesto así. Todos somos responsables de cuidar de esos niños para que puedan crecer y algún día ser responsables”.

De la perturbación al compromiso, pasando por la justificación, si la experiencia

personal de la pobreza cuenta para implicarse, igualmente refleja una forma de politización de la afección (Joseph, 1998) importante a identificar como modo alternativo de movilización. Tener en cuenta la eficacia de su iniciativa representa un desafío para la acción pública (no solo gubernamental). Esto se aprecia desde el comienzo mismo de la actividad caritativa-distributiva. Aun cuando la vendedora de atíéke protagonizó la ofensa inicial, el Señor Pierre la solicita e incluye (así como a su hermano) en el dispositivo de ayuda. La reacción ofensiva de la vendedora no estaba desligada de sus aprehensiones: los niños tendrían la costumbre de recoger los restos dejados por los clientes en los platos o cuando están de espaldas. Algunos clientes manifiestan, además, su desprecio por esos “haraganes”, mientras que otros les temen y le advierten que no seguirán siendo sus clientes si los robos sospechados continúan. Lo cual no impide, sin embargo, que el Señor Pierre actúe con la inteligencia situacional que le permite transformar una de las fuentes del problema en recurso movilizado para su tratamiento. Pero no solo la distribución de comidas va a movilizar cada vez mas personal (incluyendo un antiguo *bakoroman* que se une al equipo). La lista de niños hecha al principio se alarga rápidamente y, con ello, el contingente de estómagos vacíos crece noche tras noche: “Niños de otros barrios comenzaron a venir y, en cuestión de semanas, había casi doscientos niños esperando recibir su porción de atieké”. Aparece entonces un aspecto empático-simpático de la asistencia importante, pues contiene una *pedagogía sutil* (García & Lemener 2016) que cristaliza una forma singular de movilización frente a la pobreza urbana. Esta logra no solo implicar más personas en el tratamiento del problema, ensanchando así su dimensión pública (Dewey 1964), sino que lo hace invitándolos a ponerse en el lugar del otro, dando lugar a una “reciprocidad de perspectivas” (Schutz 1978) que estructura el vínculo interpersonal de un modo que no le será extranjero a la antropología social.

Sobrepasado por el éxito de la iniciativa, las buenas voluntades dejan de ser suficientes para satisfacer una demanda que no deja de crecer. Es entonces cuando los imperativos organizativos van a volverse indispensables para la continuidad de la movilización caritativa:⁵ ¿cómo lograr distinguir los niños de la calle de los otros? La primera estrategia reagrupa los niños en grupos de cinco miembros para, uno por uno, interrogarlos sobre sus padres, su cotidianidad, etc., y luego someter las respuestas a la opinión de los otros cuatro miembros del grupo. Esto resulta poco eficaz y sobrecarga las tentativas de identificación, mientras la fila no para de crecer.

El Sr. Pierre decide entonces restringir la frecuencia de la distribución, esperando

5. Las entradas monetarias del Señor Pierre se redujeron drásticamente «casi 60% de mi salario estaba yéndose en esta actividad, lo cual era demasiado».

disminuir la atracción ejercida por la ceremonia cotidiana de la distribución que, en adelante, se hará el miércoles en la noche. Sin embargo, el que tenga lugar una vez por semana no atenúa el problema cuantitativo, ni tampoco el atributivo. Entonces, el equipo intenta una distribución aleatoria cuya fecha no será más anunciada con antelación. El Sr. Pierre hace que sus asistentes distribuyan tickets al improviso a los niños presentes en la noche, esperando así que se trate realmente de *bakoroman*. Sin embargo, esta distribución aleatoria en un lugar fijo también se vuelve problemática para el vecindario, así como para las ONG que manifiestan su desacuerdo con la práctica de distribución caritativa de comida en la calle.

La distribución de atieké organizada por el Sr. Pierre ofrece un ejemplo de los acondicionamientos posibles de un medio ambiente poco dispuesto a albergar niños. Y en ello, el tríptico perturbación—competencia-territorio, no deja de jugar un papel fundamental pues cada término se declina en la extensión de los límites del otro: la distribución genera problemas, las buenas voluntades se confrontan a una exigencia de competencia que, para tratarlos, debe explorar diversas formas de localización. La iniciativa del Señor Pierre también muestra las dificultades propias de un funcionamiento poco institucionalizado, así como una debilidad vinculada a la inexistencia de medios para imponer su razón sin implicar la explicación y la negociación. Sin embargo, en contextos de acción marcados por la vulnerabilidad generalizada y el darwinismo urbano, ¿se trata realmente de una debilidad?

Poco a poco, y gracias a su ejemplo, la acción del Sr. Pierre logra movilizar vecinos y transeúntes conmovidos que no tenían por costumbre ayudar a los *bakoroman*. Dicha acción se apoya en una experiencia (la pobreza) y en unos recursos (económicos) personales que se acompañaran progresivamente de otros recursos comunitarios (la vendedora, los distribuidores) para resolver un problema público (la calle como hábitat). Aparte de hilvanar un tejido protector para los niños, la confluencia de dichos recursos se vuelve visible y contribuye a otra inteligibilidad del problema: no solo la itinerancia hace de la calle un destino intermitente sin que se impongan siempre significaciones desgraciadas, sino que emerge una oportunidad para ampliar el radar de las políticas sociales a través de marcos de acción distintos a los de la planificación canónica. La caridad como “micro-política del disturbio” (Emerson y Messinger 1977) pone así a prueba su eventual pertinencia, al mismo tiempo que muestra las articulaciones suscitadas entre los términos del tríptico.

Sin embargo, esta pragmática no impide que, continuamente, la caridad distributiva sea sobrepasada y le sea difícil estabilizarse como actividad de un modo que no sea provisional, incluso cuando es inventiva. La energía necesaria para que la distribución se haga

de buena manera es considerable. El dispositivo, además, crea efectos de concurrencia respecto al trabajo de largo plazo de otros actores institucionales que ven en dicha distribución, la emergencia de un nuevo obstáculo para las políticas que incitan la salida de la calle. Dos años después de la primera distribución de atieké entre los bakoroman que gravitaban alrededor del chiringuito de la Señora Ouedraogo, la sostenibilidad a largo plazo de la acción dependerá de una institucionalización que vehicule categorías y formas prácticas de conocimiento que puedan dar lugar a una organización adecuada.

De la itinerancia que pone a prueba a los expedientes que prueban: utilidad y crédito de las “certidumbres inciertas”

Tomar en cuenta las experiencias y las capacidades movilizadas por los *bakoromans* permite entender como pueden instalarse en un medio-ambiente que, en múltiples aspectos, es inhóspito. La alternativa ruda de vivir en la calle, a pesar de todo, se impone. Irse a la calle es el resultado de una amplificación de disturbios domésticos: negligencias, maltratos y violencias parentales....⁶ El hecho de que dichas experiencias se repitan y den la impresión de vivirse en serie, crea un sentimiento de injusticia inaceptable e insoportable. El alejamiento afectivo que va alienando poco a poco al niño respecto a su medio de origen es tanto una fuente como un resultado del proceso. El *bakoro* se vuelve un horizonte al generar un cruce progresivo de lógicas colectivas y de acciones individuales del cual resultan aprendizajes, conocimientos y destrezas adquiridos a través del uso de los espacios y gracias al contacto con los otros.

La idea según la cual los niños deciden irse a las calles de Uagadugú por un impulso o un capricho se encuentra, sin embargo, esparcida entre los mismos niños, los profesionales del área social y los prestatarios de servicios: “Esos niños deciden venirse así, sin medir las consecuencias. Eres un niño, te levantas y dices “voy a Uaga”, a sabiendas que allí no están tus padres. Entonces, dónde vas a llegar o dormir?» (chofer de una compañía de autobuses inter-urbanos).

Sin embargo, la investigación muestra que los niños no llegan todos a la calle como si, habiendo visto en el horizonte un espejismo reluciente producto de rumores y especulaciones, decidieran dirigirse entonces hacia él, mientras que este va disipándose a medida que se aproximan. Como sucede con numerosos burkineses pobres, Uagadugú aparece

6. Para un panorama en diversos continentes sobre las razones de ir a la calle, ver las contribuciones desiguales reunidas en Tessier (2005).

como el lugar en el que puede ser más fácil encontrar trabajo o, incluso, intentar hacer fortuna. Aunque esta presuposición sirva para propulsar la senda de los *bakoromans*, de ningún modo va a resumir su proceso, de allí su carácter de *certidumbre incierta*. Múltiples, a veces difíciles de aceptar y manejar, frecuentemente paradójicas y contradictorias respecto a sus trayectorias, estas certidumbres inciertas emiten informaciones (interpretadas como “conocimiento”) sobre las que van a apoyarse los niños para ir y regresar de la calle. Por ello constituyen no solo un recurso proyectivo, sino también una reserva pragmática movilizadora de acuerdo a su necesidad. Se trata de una forma de “*incertidumbre en practica*” (Girel, 2016) que permite no solo superar los *reflejos escépticos* paralizantes que surgen del carácter problemático típico de las figuraciones inconmensurables, sino también enfrentar las *dudas razonables* que puedan tenerse sobre el desenlace de la aventura. El que a los *bakoroman* les cueste proyectar racionalmente las consecuencias de sus actos, ilustra, de hecho, la manera como el diferencial incierto se manifiesta y le pone un tope a su propia utilidad cognitiva. Con lo cual, de hecho, el tríptico muestra los límites de su apuesta evolutiva: incluso volviéndose competentes frente a la puesta a prueba situacional, el contexto que define una vida hecha de sobrevivencias, los recicla.

Si no se trata de una decisión reflexionada y madurada, tampoco hay que pasar por alto la *propensión a la búsqueda* de los niños, es decir, su tendencia a orientarse frente a la perturbación adoptando un comportamiento de cuestionamiento y de exploración que, desde la “mirada adulta”, tiende a infantilizar su deseo de descubrimiento tomándolo por un capricho (Ennew, 2003). Ampliamente propagada entre los actores, esta última hipótesis funciona como una especie de señuelo interpretativo que reduce tanto la fuente decisoria como los reflejos deseosos y prácticos, a simples efectos desmesurados que surgen de una relación ilusoria con las constelaciones urbanas del mundo. Entre “alerta y búsqueda”, la postura investigativa cultivada por la sociología de Nicolas Auray (2016) resulta un vivero analítico para entender mejor las configuraciones propias en contextos de incertidumbre y de itinerancia. Partiendo de objetos inconmensurables como Internet, o circunscritos como los video-juegos, un “régimen exploratorio” logra legitimar el “vagabundeo curioso” y la “atención flotante”, el aprendizaje gracias a los encuentros y la serendipia.

La atractividad de la ciudad se apoya en creencias fundadas a partir de experiencias convincentes, de actividades, de discusiones y de observaciones hechas al lado de niños mas experimentados. A partir de ello, la calle es percibida entonces como una sucesión u/o colección de territorios en los que las expectativas de libertad y de beneficios, aun cuando respondan en parte a las insatisfacciones del medio de origen, pueden encon-

trar el agua que acoja su efervescencia. Además, frente a los problemas propios de las comunidades inter-calibradas, la ciudad ofrece también un refugio en el anonimato (Pétonnet 1987). Las competencias adquiridas desde las primeras fugas acreditan las posibilidades de sobrevivencia en el *bakoro*. Marc Breviglieri (2017) identifica con fineza fenomenológica tres configuraciones urbanas identificables en el sentido latente del gesto de escape: penetrar una capa atmosférica diferente, sentir como el espacio puede volverse vertiginoso y poder aprehender una materia confusa que resulta maleable para el juego y que las convenciones endurecen. Los niños se convierten en conocedores estimables de la ciudad: a su manera, y su altura, la territorializan. Al mismo tiempo, adquieren formas de autonomía que los lleva a valorar de otro modo su pasado y a reposicionarse como seres capaces de surfear entre las olas del día a día.

Justo antes que Kerda pase su primera noche de una larga estadía en las calles de Uagadugú, alguien que conoce a su llegada de Kédougou le ofrece techo y comida. Kerda comparte con este las ganancias de un robo y de la venta de una carreta hasta que estas se acaban. Luego Kerda descubre el terminal de pasajeros, donde ve niños mendigar y va a verlos. Les dice que esta buscando donde dormir y estos le responden que eso no es problema: «Cuando terminamos de comer, me dieron un lata para pedir limosna como ellos, y así tener con que comer. Esa noche me toco una cabeza de cordero, luego me llevaron a donde ellos duermen». Las prácticas cotidianas de sobrevivencia transforman la iniciación al *bakoro* en una dinámica colectiva. Así se hacen presentes las voces (Komulainen 2007) que incitan a protagonizar nuevos roles de su vida cotidiana, matizando la metáfora de la calle como “jungla” o, al contrario, como El Dorado para niños. Apoyándose en los “mayores” (Anderson 1999), Kerda busca y encuentra soluciones a sus problemas inmediatos: encontrar donde dormir, ganar dinero, alimentarse... La vida en la calle, de la que él aprende rápidamente los rudimentos, se vuelve una alternativa posible a las dificultades familiares y a los maltratos de su padre. La calle surge como un descubrimiento que irrumpe y se expande hacia una ciudad cuyas territorialidades pueden gustar e invitar a ser practicadas. Los *bakoroman* experimentan así una autonomía relativa dándose sus propias reglas, o ajustándose a reglas que no han sido establecidas por los adultos de los cuales deberían depender normalmente. La libertad que declaran buscar cuando inscriben sus vidas en el *bakoro* puede hacer resonancia con momentos en los que han tenido que probar que “pueden resolver” y que, haciéndolo, logran introducir en su *modus vivendi* una cierta autonomía.

Aziz vive desde hace tiempo en las calles de Uagadugú y narra las circunstancias que lo llevaron a aprender a vivir por sus propios medios:

Mi papa no podía ocuparse de nosotros y mi mama nos dejó con mi abuelo. Cuando este muere, volvemos con mi papa, que nos confía entonces a una tía que, por su parte, me encomendó a un maestro coránico, con quien duré un año. Habiendo regresado luego a vivir con ella, su enfermedad triunfa y ella muere. Al marido de mi tía le faltaban sus dos pies y yo tenía que mendigar para poder comer. Un día, al volver a casa, lo encontré muerto en su silla. No conocía ningún otro miembro de la familia. Entonces boté mi lata y fui al matadero con mi hermanito Rachid. Allí ayudamos frecuentemente a los carniceros o a los que vienen a vender su ganado y ellos nos pagan.

El universo de oportunidades que la ciudad anuncia, a la vez despierta y perturba. A los niños que viven en la calle les toca descubrir rápidamente otra ecología urbana a la que se aproximan con sus pares. Es un medio ambiente hecho de empatías y de simpatías, así como de pruebas y de desafíos que también vehiculan rivalidades y antagonismos. A través de ellos, los usos, costumbres y territorialidades muestran que la calle puede ser apropiable. Esta se revela a los niños no solo como un espacio conocido y practicado ya por otros como ellos, sino también como un espacio en el que un intercambio asimétrico de experiencias distinto al familiar es posible. Así se sintetiza una espacialidad vital cuya cualidad cognitiva resulta fundamental: cultivar una atención incitativa al aprendizaje a través de una temporalidad anclada en la perennidad y el *modus vivendi* urgente propios a la supervivencia. De allí la concordancia entre una situación problemática (Aziz se encuentra no solo huérfano de padres sino también sin familia alguna), las competencias para hacerle frente (la mendicidad, el conocimiento de la ciudad, el intercambio con los carniceros) y los efectos constitutivos de su persona (obligado a asegurar su supervivencia, Aziz rige sus prácticas desde el reducido, pero propio, universo normativo al que la muerte de sus allegados lo ha conducido).

Al mismo tiempo, lo que lleva a un niño a volverse autónomo en la calle no resulta necesariamente de situaciones tan trágicas como la de Aziz. Madu habla frecuentemente de los pequeños placeres que la calle le reserva gracias al modo en que la practica cotidianamente y que le procura un conocimiento progresivo de su medio-ambiente: « Bakoro - Uaga es interesante. Hay mucho dinero. Además, en algunos sitios la gente te ofrece Fanta o papilla en las noches. De allí que no queramos volver a la casa». No hay, evidentemente, parangón posible entre estos vectores eventuales de atracción del *bakoro* urbano y las perspectivas estructurantes de la salida de la calle. Sin embargo, resulta comprensible que los *bakoroman* confundan las escalas y los registros que pueden estar en juego en ambas maneras de proyectarse.

La calle hace crecer los niños rápidamente permitiéndoles una forma de desarrollo

que, más allá de la ruptura, indica sobretodo un proceso: ellos pueden encontrar un sitio, procurarse un orden creíble y una organización sostenible. La antropología de capacidades (Breviglieri 2012) consagrada a los *sansabri* y la antropología de expedientes (Hopper 2003) sobre los *homeless* muestran respectivamente que la comprensión de sus modos de vida y de las dificultades para proyectar una salida favorable de la calle están vinculadas a la cualidad y a la extensión de los apegos diversos que les permiten mantenerse en la calle, incluso a través de formas de “sobre-adaptación paradójica” (Douville 2004). Dichas prácticas de sobrevivencia representan también impulsos vitales de reconstrucción. Lo cual es significativo pues son respuestas humanas que intentan sobreponerse a la vulnerabilidad frente al drama del derrumbe de una naturaleza (el mundo doméstico) y de sus representaciones, con sus “garantías” y “seguridades”: la autoridad paternal, el hogar afectivo, los recursos socio-económicos, los “amortiguadores” familiares en casos de conflicto.

Mostrándose ingeniosos frente a las perturbaciones y problemas que les afectan, los *bakoroman* se manifiestan como alumnos competentes para aprender las artimañas que les permiten sobrevivir. La vida en la calle se convierte así en un factor de crecimiento: el niño puede no comportarse más como un niño en el sentido en el que ya no manifiesta (o de la misma manera) dependencia, al menos material, respecto a los suyos. Esto tiene consecuencias sobre otros resortes interaccionales también importantes en términos constitutivos. Por ejemplo, en situaciones de mediación familiar, esos mediadores *par excellence* que pueden ser los abuelos, no solo señalan desconfianza y/o temor respecto a los reencuentros con sus nietos de vuelta de su itinerancia callejera, sino que también afirman la inevitabilidad de futuras idas a la calle:

No rechazo acogerlo. Tal y como hago con su hermano, si a mi me toca comer papilla, a ellos también. Pero no soy obtuso y, perdóneme, pero se lo digo: Ismael volverá a ir a verlos en Uaga. Si à Uds. les toco alojarlo, hoy día ya no es un niño. Aquel que ha vivido la calle, sobretodo la de Uaga, no puede seguir siendo un niño. El ya ha visto demasiado para no envejecer. Paseándose así en la ciudad se ha despertado y no reconocerá más a las personas mayores. Si se hubiese quedado aquí, sin moverse, no sería lo mismo. Ahora tiene seguro almacenadas cosas en su cabeza que no son de niños (abuelo de Ismael).

Mustapha no quiso continuar yendo a la escuela. Luego, rechazo quedarse con el maestro coránico a quien lo habíamos confiado. Ahora le pone una cuerda a la lata vacía y se va a pedir limosna. Mustapha estará allí donde podrá comer (sobretodo si es un plato lleno de arroz con carne), y colorín colorado... En la noche veo a los niños que lo llaman. Cuando

no estoy, sube la pared y se va con ellos. Los niños se acostumbran y no pueden seguir quedándose con su familia, siempre vuelven a la calle, a los terminales de pasajeros y los restaurantes (abuelo de Mustapha).

Cuando el proceso de alejamiento afectivo y el acostumbramiento a los usos de la calle van aparejados, un desapego progresivo del mundo de origen se produce. Los niños dicen querer a su familia, pero las tentativas para volver con ella pueden mostrar que pocas cosas logran retenerlos por períodos largos o definitivos. Los *bakoroman* parecen menos sensibles a la atención de quienes los acogen, las reglas de vida doméstica pueden parecerles demasiado restrictivas habiendo suscitado la calle una doble adaptación: a los estancamientos de la vida doméstica y a las transformaciones relativas a su identidad y a sus capacidades. El aprendizaje del *bakoro*, incluso en los casos dolorosos, permite absorber las dudas acerca de la vida en la calle: lo urbano y su urbanidad pueden aparecer como universos dotados de recursos suficientes para poder sobrevivir y crecer. Lo cual no quiere decir que sea así. Pero esta certidumbre incierta, sea cual sea la forma que tome (tentativas, hipótesis, creencias, convicciones, experimentaciones, juegos...) servirá como bisagra incitativa para el relance de la itinerancia callejera.

Conclusión

Considerar a los *bakoroman* como actores con dignidad moral y competencia social implica reconocer y valorar la manera en que sus propias voces, sus usos urbanos, sus apoyos humanos y prácticos, así como sus movilizaciones, se construyen más acá y más allá de las vulnerabilidades que ellos encarnan o que los afectan. Tal y como lo muestran el valiente gesto comunicativo de Abdu o la distribución caritativa del Señor Pierre, los soportes y vías que permiten la sobrevivencia y la “decencia ordinaria” (Orwell 2015), pueden ser insospechadas. Reflexionar sobre ello desde las posibilidades categoriales y analíticas del disturbio, sin limitarnos a su *pathos*, permite localizar los resortes experienciales, situacionales y contextuales de la implicación y de la movilidad. Volverse competente significa que la riqueza capacitaria adquirida en las relaciones intermitentes y plurivalentes con la calle se extiende. Lo cual requiere a veces jugar el juego frecuentemente gregario de la territorialización, y otras veces estar presto a la exploración riesgosa de los márgenes y a las incertidumbres de la deslocalización. Dicha riqueza capacitaria se entiende mejor, cuando nos interesamos en la manera en que la perturbación funci-

ona como un trampolín de la acción. Volverse competente significa además aprender a ajustarse a una pluralidad de campos normativos en los que se experimenta el ser partícipe de una ecología de actividades, con su etología social y sus formas diversas de agrupamiento y de co-presencia (Joseph *op.cit.*). Volverse competente comporta entonces también la aptitud para identificar las características de una situación y de sus protagonistas, deslizándose en los intersticios que se forman entre las normas y las reglas, utilizando su capacidad de inferencia (Lepetit 1995) para crear formas alternativas de movilización desde la movilidad callejera itinerante.

La importancia del trabajo de diferenciación de modalidades de salida de la calle (Luchinni 2001) es indiscutible. Que se trate de los imperativos vitales de desarrollo (más allá de la sobrevivencia) a los cuales los *bakoroman* deberían poder pretender o de los retos que implica el (re)conocimiento de instrumentos de largo alcance que forman parte de la «caja de herramientas» (Deleuze & Foucault 1978) de la asistencia social, dicho trabajo es fundamental. Sin embargo, fluctuando entre tipo-ideal y objetivo de política, la salida de la calle aparece, frecuentemente, como una «configuración narrativa» que rinde cuenta de las regularidades efectivas en el proceso social (Abbot 2009). De este modo, racionalidades secuenciales e identitarias predominan implícitas en las “carreras” a través de las que se restituye la experiencia de los niños de la calle, induciendo así valorizaciones empíricas que permanecen subsidiarias de expectativas cuyo destino suelen ser frustrantes. La itinerancia callejera, con sus idas y vueltas, indica no solo « *turning points* », sino también regímenes transicionales cuya pragmática está hecha de probabilidades, de irregularidades y de recurrencias que pueden mantenerse intangibles para los radares de la asistencia pública. Sería útil poder trazar mas y mejor el ecosistema de interdependencias y las formas de reversibilidad que dicha itinerancia callejera favorece. Por ejemplo, la implicación a la vez afectiva y realista que manifiestan los abuelos de Ismael y de Mustapha, más allá del desencanto familiar ¿no representa una manera vívida de integrar al curso de acción de la vida cotidiana, un conflicto de urbanidad interpelándolo digno de estudio? Las idas y vueltas de la itinerancia callejera invitan a reconocer «la manera común de inscribir su existencia en la “circulación” y en el movimiento dentro del espacio público que parece así “llevarlos”» (Pochetti 2017).

Frente a la incertidumbre fundadora del espacio publico urbano interpretada frecuentemente como “peligrosa”, y sin soslayar la incubación de carreras perturbadoras, ni las injusticias profundas sufridas por los *bakoroman*, sus trayectorias aparecen como un marco útil para el rastreo de modos de identificación significativos en vistas de una “ecología del orden publico” (García Sánchez 2017). Dicha ecología apuesta por la singularidad de contextos (“la calle cambia de signos... según las calles” [Pochetti, *op. cit.*])

de las que se trata), y por la reciprocidad experiencial que nutre la convivencia (“un valor no es lo que satisface sino lo que es satisfactorio” [Girel, *op. cit.*])). De allí la atención que consagramos a la *propensión a la búsqueda* de la que hacen gala los *bakoroman*, a la *irrupción* que privilegian como modo de descubrimiento o de interpelación, a las *certidumbres inciertas* que hacen valer como forma de acercamiento proyectivo a la calle y a las *prácticas de autonomía* que les permiten forjarse, a pesar de todo, un presente viable como personas, como ciudadanos y a veces incluso como ciudadanos.

Bibliografía

- ABBOTT, A. (2009) «A propos du concept de *Turning Point*», in *Bifurcations. Les sciences sociales face aux ruptures et à l'événement* (Grossetti, Bessin et Bidart eds.), Paris: La Découverte, pp. 187-211.
- ANDERSON, E. (1999) *Code of the Street*, New York, Norton.
- AURAY, N. (2016) *L'alerte ou l'enquête. Un sociologique pragmatique du numérique*, Paris, Presses des Mines.
- BREVIGLIERI, M. (2017, prox) “La ciudad y los niños”, in *Los extremos de las edades en la ciudad*, Mexico: Miguel Angel Porrúa —UNAM.
- BREVIGLIERI, M. (2012) « L'espace habité que réclame l'assurance intime de pouvoir. Un essai d'approfondissement sociologique de l'anthropologie capacitaire de Paul Ricœur, in *Études Ricœuriennes/Ricœur Studies*, Vol 3, No 1, pp. 34-52.
- DEWEY, J. (1964) *Naturaleza humana y conducta*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- DOUVILLE, O. (2004) « Enfants et adolescents en danger dans la rue à Bamako (Mali), question clinique et anthropologique à partir d'une pratique », *Psychopathologie Africaine*, 32, 1, pp. 55-89.
- DELEUZE, G. y FOUCAULT, «Entrevista: Los intelectuales y el poder », in *Microfísica del poder* M. FOUCAULT, Ed. De la Piqueta, Madrid, 1980, p. 78.
- EMERSON, R. M. y MESSINGER, S. L. (1977) “The micro-politics of trouble”, in *Social Problems* 25, 2, pp. 121-134.
- ENNEW, J. (2003) « Difficult Circumstances: Some Reflections on « Street Children » in África, *Children, Youth and Environments*, 13, 1, [en línea: <http://cye.colorado.edu>, visitado el 13 de marzo de 2017].
- GARCIA SANCHEZ, P., LEMENER E. & YARO I. (2009) *Etude Interactionniste sur les enfants des rues à Ouagadougou*, SSBF/SSI, Ouagadougou.

- GARCIA SANCHEZ, P. & LEMENER, E. « Du trouble à l'assistance. Vers une écologie urbaine et attentionnelle des Bakoroman à Ouagadougou », in *Tsantsa, revue de la Société Suisse d'Ethnologie*, n° 21, 2016, pp.62-72.
- GARCÍA SÁNCHEZ, P. (2017) « Quand l'urgence règne : de l'accoutumance aux troubles aux grammaires de la pop-politique », *SociologieS* [En ligne], Dossiers, L'expérience latino-américaine de la sociologie pragmatique francophone, mis en ligne le 23 mai 2017, consulté le 14 octobre 2017. URL : <http://sociologies.revues.org/6201>
- GARCÍA SÁNCHEZ, P. (2011) « Conflictos de urbanidad y ecología urbana: los desafíos de la interactividad », in *Acta Sociológica* n° 55, mayo-agosto, [en línea: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/27986>, visitado el 13 de marzo 2017].
- GARCIA SANCHEZ, P. (2008), « De ville en cité. La (re)connaissance de la vulnérabilité », in *La reconnaissance à l'épreuve. Explorations socio-anthropologiques*, Lille : Presses universitaires Septentrion, pp. 277-284.
- GIREL, M. (2016) "L'incertitude en pratique chez John Dewey", in *Raison publique*, n° 20, p. 13.
- HOPPER, K. (2003) *Reckoning with Homelessness*, Ithaca: Cornell University Press
- HUGHES, E.C. *Le regard sociologique*, Paris: EHESS, pp. 165-185.
- JOSEPH, I. (1998) *La ville sans qualités*, La Tour d'Aigües: L'aube.
- KOMULAINEN, S. (2007) "The ambiguity of the child's « voice » in social research", *Childhood*, 14, 1, pp. 11-28.
- LEPETIT, B (1995) *Les forms de l'expérience, une autre histoire sociale*, Paris, Albin Michel.
- LUCCHINI, R. (1996) *Sociologie de la survie. L'enfant dans la rue*, Paris: PUF.
- LUCCHINI, R. (2001) « Carrière, identité et sortie de la rue : le cas de l'enfant de la rue », in *Déviance et Société*, Vol. 25, 1, pp. 75-97.
- MARGUERAT, Y. y POITOU, D. (1994) *A l'écoute des enfants de la rue en Afrique Noire*, Paris: Fayard, pp. 91-152.
- MASSN (2008) *Rapport de l'étude sur la mendicité des enfants au Burkina*, Ouagadougou : Ministère de l'action sociale et de la solidarité nationale.
- ORWELL, G. (2015) *Sin blanca en Paris y Londres*, Madrid: Debate.
- PANTHER-BRICK, C. (2002) « Street Children, Human Rights and Public Health : A Critique and Future Direction », *Annual Review of Anthropology*, 31, pp. 405-413.
- PETONNET, C. (1987) « L'anonymat ou la pellicule protectrice », *Le temps de la réflexion*, 7, pp. 247-261.

- POCHETTI, I. (2017) *La cité des enfants des rues. Représentations, politiques et expériences des jeunesses urbaines marginales à Mexico et Tijuana*, Thèse Doctorale en Sociologie Paris : EHESS.
- REVEL, J. (dir.), (1996) *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Paris: EHESS.
- SENNETT, R. (2002) *El declive del hombre público*, Madrid: Península.
- SCHUTZ, A. *La fenomenología del mundo social*, Buenos Aires, Paidós, 1978.
- TESSIER, S. (Dir.), (2005) *L'enfant des rues*, Paris: L'Harmattan.
- TURNER, V. (2008) *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*, New Brunswick: Aldine Transaction Press.
- VAN GENNER, A. (1981) *Les rites de passage : étude systématique*, Paris: Nourry.